

B. S A N I N C A N O

TIPOS  
OBRAS  
IDEAS



INDUSTRIA ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA

Derechos reservados

Hecho el depósito que marca la ley 11723

EDICIONES PEUSER

1949, 281 PÁGINAS

## EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y LA HIGIENE

Lo mismo los poetas españoles e hispanoamericanos que los historiadores de todo género y condición han enrostrado a España, con acentos de indignación o con el recuento frío de los hechos y la aglomeración de cifras, la crueldad gastada para destruir una raza en todo el continente americano. Es verdad que la historia de América señala el hecho de la despoblación, y que ninguna de las naciones comprometidas en la empresa de la conquista y colonización de las tierras descubiertas está exenta de cargos de crueldad. Españoles, portugueses, bátavos, ingleses, aun los alemanes que estuvieron al servicio de España contribuyeron con sus crueldades a la destrucción de los aborígenes. Sin embargo, la crueldad tuvo poco que hacer en esta obra de exterminio, si bien no debe eximirse a los conquistadores de los primeros días y a los presidentes y virreyes en una época posterior, del cargo de sevicia ejercida sobre los naturales, fría y meditadamente. Se pensaba en esos tiempos que la crueldad era un elemento necesario de gobierno, y desde ese punto de vista los hechos ejecutados por los agentes de las naciones europeas quedaban privados del matiz



sentimental. Hacerles el cargo de crueldad a un Alfin-ger o a un Ampudia, era como censurarle al tigre sus depredaciones sobre el ganado. Quintana, en la férvida expresión de su humanitarismo, llegó a decir que los crímenes de que se acusaba a la madre patria eran del tiempo y no de España. La frase sonaba cadenciosamente en nuestros oídos en pos de aquel apóstrofe con que se deleitaron las repúblicas nuevas de un agitado continente:

Virgen del mundo, ¡América inocente!

.....  
Tú, que a fuer de más tierna y más hermosa...  
Entre las zonas de la madre tierra,  
debiste ser del hado,  
ya contra ti tan inclemente y fiero,  
delicia dulce y el amor primero,  
óyeme:

Todavía le estamos escuchando. Sin embargo, cada día disminuye el poder que la vibrante silva ejerció sobre los espíritus.

La despoblación de América es un hecho a que los naturalistas de la especie humana han prestado poca atención.

Está visible que la crueldad de los agentes españoles o de otras procedencias no pudo ser la causa. La población de España en el siglo xvi podía ser de unos cuatro o cinco millones. Es preciso tener en cuenta que los datos estadísticos de aquella época no merecen crédito dentro de las más escrupulosas reservas. Pero si tenemos en cuenta la población actual de España y lo que se sabe de otras naciones europeas en aquella

época, el cómputo anterior no parece exagerado. La población de América no se puede calcular tampoco sino dentro de límites muy elásticos. Algunos cronistas de la época estiman en 20.000.000 la población total de América en tiempo del descubrimiento. La cifra es baja, sin duda, si aceptamos que en algunos puntos del territorio la población era muy densa. En la Sabana de Bogotá, y las tierras del zaque de Tunja, según cálculos muy atendibles, había 600.000 almas en el tiempo de la conquista. Tomando este dato por base y teniendo en cuenta la organización social de los incas, que extendían su dominio desde Chile casi hasta Pasto, no es descabellado decir que es baja la cifra aventurada por José Acosta. Cualquiera que haya sido esa cifra, la población era suficiente para absorber en una o dos generaciones el contingente blanco que mandaba la península a varios miles de leguas de distancia.

Supongamos al Japón empeñado en el siglo xx en conquistar a la China. Con todos los medios de destrucción que hoy ofrece la ciencia a las naciones agresivas, puede asegurarse que el Japón, dueño de China, vendría a ser absorbido por la población del Celeste Imperio al cabo de dos o tres generaciones. La cultura japonesa volvería a ser china seguramente. Los ideales del Nipón se desvanecerían, a pesar de su aparente inmovilidad, en el mar sereno de las tradiciones clásicas chinas, en cuya sabiduría bebió el japonés su primera y verdadera cultura.

A una cosa semejante estaba condenada España en su conquista de ultramar, y algo de eso significan las guerras de independencia. En América se formó



una España cuyos ideales y aspiraciones eran distintos de los que señalaban rumbo a la raza de este lado del mar. La separación fué más tardía y menos sustancial porque la raza americana fué destruída en su mayor parte desde que se puso en contacto con los europeos.

Este fenómeno ha sido explicado de diversas maneras. La crueldad es la más generalmente acogida, por lo que se refiere a las horas trágicas del descubrimiento y la conquista. En los tiempos de la colonia se dijo que el trabajo forzado a que sometían al indio en las minas deterioraba su salud y limitaba su existencia a muy pocos años. Otros escritores, tratando de descender a las profundidades del alma indígena, quisieron señalar en la raza, no sin fundamento, una tristeza atónita, una melancolía perdurable y colectiva que parecía comprometer los manantiales mismos de la vida y que seguramente se acreció con el espectáculo de la conquista. La llegada de hombres nuevos, la lucha con elementos misteriosos, el odio a sus soberanos, predisponía a la indolencia moral. El padre Gumilla en su *Historia natural del Orinoco*, afirma que entre las tribus ribereñas predominaba una gran tristeza, de que daban señal hombres y mujeres con grandes alaridos y copioso llanto al despertar por la mañana. Esta «ráfaga de hastío que despertaba a los hombres en sus lechos», como dijo Valencia en tiempos más cercanos y refiriéndose a gente culta, contrasta grandemente con la alegría de que se llena el pájaro al ver apuntar la aurora.

Además de esto los aborígenes habían llegado a un punto elevado de refinamiento y desborde en ma-

teria de placeres. La iconografía peruana nos enseña con un descaro inocente, en las publicaciones del profesor Krause, que la lujuria entre los incas había descubierto todas las sabias inversiones y conversiones del sentido genésico en cuyo ejercicio y propagación tienen fama universal y moderna París, Viena, Berlín y Nápoles. A más de esto existía el divorcio en una forma franca y sin complicaciones. «Lo más ordinario falta por las mujeres que repudian a los maridos», dice el padre Figueroa, «si las maltratan o las desagradan por dejarlos o casarse con otros». «Algunas veces truecan mujeres en sus fiestas o cuando les parece. En otros las quitan por fuerza a los maridos y aun se matan por ellas o las hurtan y se casan con ellas. Y hay mujeres que han mudado de esta suerte muchos maridos, estando todos vivos. Y también varones que han tenido del mismo modo muchas mujeres». Si no fuera por el sabor añejo de la frase, por la ausencia de retórica, y por lo descosido del pensamiento, podría uno imaginarse que estaba leyendo una crónica social de Chicago, o el pormenor de un juicio de divorcio en Londres. Cuanto a la sabiduría en materia de vicios ya había dicho el mismo autor, en su famoso informe sobre los Maynas, «Vencida esta dificultad, quedan otras... como son... muchedumbre de mujeres en algunos... supersticiones y otros vicios, principalmente de la lujuria». Por lo que hace a su manera de apreciar las cosas desde el punto de vista de la utilidad y la belleza, habían llegado los indios a coincidir con los más refinados entre los estetas de fines del siglo XIX. En estas opiniones no se mezcla para nada el humor ni la imaginación. No me pertenecen desde



luego y para ello cito con la debida humildad estas frases del profesor Ratzel en su grave tratado de etnografía: «Se descubre un vicio fundamental de esta civilización (la de los indios americanos) en el hecho de que daban más valor a lo bello, que a lo útil; hacían mucho uso del oro y la plata y ninguno del hierro»<sup>1</sup>, en lo cual coincidían menudamente con Teófilo Gautier, con Flaubert y con el cenáculo de los estetas ingleses.

El trabajo en las minas es otro de los azotes a que atribuyen historiadores de nota la despoblación de América en seguida de la conquista. En su bella obra sobre la independencia de las colonias hispanoamericanas, Julio Mancini fija en su manera vibrante y ágil una escena de aquel terrible drama cuyo desenlace fué la destrucción de algunas razas americanas: *Le système du «tributo» ou la «mita» en contraignant les indiens au surménage d' un travail incessant dans les mines, les épidémies qui en résulterent, les tortures, la déportation aux Antilles, ou ces malheureux étaient vendus comme esclaves, avaient fini par provoquer une effroyable dépopulation.* Mancini toca aquí la causa principal, que es, en mi concepto, la epidemia. Pero las epidemias no provenían, como lo señala el lamentado historiador, del trabajo en las minas, sino de una causa más remota y más complicada. Provenían del contacto de dos razas que tenían de la vida concepto distinto.

Antes de pasar adelante conviene, para tamizar los factores de destrucción señalados por Mancini y por historiadores no menos perspicaces que él, hacer una

<sup>1</sup> F. RATZEL, *Völkerkunde.*

comparación entre la América ibera y el África contemporáneas. La parte del continente americano, que fué descubierta y colonizada por españoles y portugueses, tiene, más o menos, una extensión superficial no menor que la de África. La población del África llega ya a los doscientos millones, a pesar de la obra de exterminio ejecutada por los explotadores, en tanto que la América hispanolusitana, con clima más favorable, apenas alcanza a 90.000.000. La diferencia se acentúa, como tomemos en cuenta la parte del territorio africano, absolutamente refractaria a todo género de cultivo y por consiguiente a la propagación de la especie humana. En África, lo mismo que en América, hubo y hay aún, para vergüenza de la cultura judeo-cristiana, negros a quienes se trae por fuerza a trabajar en las minas; existió y existe la tortura; los negros eran hasta hace poco deportados en calidad de esclavos y en cantidades suficientes para reemplazar en América a los indios que iban desapareciendo en su contacto con los blancos. No fué, pues, ninguna de estas causas la que produjo la despoblación en América, puesto que el africano se reproducía copiosamente y continúa reproduciéndose, bajo un régimen semejante.

En la obra del padre Figueroa, citada en otra parte, dice aquel buen corazón: «Puédense contar los daños que padecen por una de las más poderosas y graves dificultades que tiene el Santo Evangelio en estas partes. Porque se ha experimentado que cuando se les entra por sus casas la luz del cielo la siguen las tinieblas y horrores de pestes y mortandades lastimosas. Estas se ocasionan principalmente, como he tocado en



desconocido cruzaban los mares en barcos mal atendidos, sin mujeres a bordo que cuidasen de la limpieza de las ropas. Llegaban a tierra firme y vestían todas sus armas. Debajo de la pesada coraza estaban las ropas, que acaso no se mudaban en todo el tiempo de las marchas antes de encontrar al enemigo en la altiplanicie de Méjico, en el reino de los Chibchas, en la capital del Imperio Inca. La vida estaba demasiado llena de sobresaltos para que a esos hombres, procedentes de tierras donde el desaseo era regla en las cortes, pudiera ocurrírseles que era preciso mudarse de ropas. Los soldados no caían enfermos bajo aquel régimen de incuria personal, porque en generaciones de abandono el hombre europeo había acabado por inmunizarse en una serie de generaciones contra el ataque de multitud de gérmenes que engendra el desaseo.

Pero los pobres indios, que eran gente sana y pulcra, según consta de numerosos testimonios, caían fulminados por el vaho del conquistador si hemos de aceptar la penosa expresión del padre Figueroa. Dos tercios de la raza se fueron en esta contaminación que dejó, por otra parte, infestado el continente. Los españoles volvían de América a su patria con las leyendas más pavorosas sobre la insalubridad de los climas. Lo cual era cierto desde el día en que los europeos habían puesto allí la planta. Róbertson dice (Obras completas, v. IX, p. 11): «Todas las provincias de América al tiempo del descubrimiento eran notablemente malsanas». Todas es mucho decir. El interior de Méjico, el Imperio de los Incas, la meseta central de Colombia y sus innumerables valles altos, el territorio de los aymarás y guaraníes, las inmensas hoyas del Plata y de

sus afluentes eran tan sanas o tan insalubres como el sur de España, como Italia y Grecia, o como los países escandinavos donde la humedad y el frío excesivo hacen tantas víctimas como los miasmas en el trópico.

La limpieza era entre los naturales de América una condición de existencia y uno de los placeres de la vida, de que solían privarse para hacer penitencia o para captarse con oraciones la buena voluntad de un hado inclemente. Dice Restrepo Tirado en su libro sobre los aborígenes de Colombia: «Se recogía (el indio penitente) en el encierro más absoluto, no siéndole permitido ni bañarse ni cambiar de manta». «Lavan las criaturas, expone en su obra el cronista López de Gomara, con agua fría para que se les endurezca el cuero»; y «aun ellas» (las madres) «se bañan también en agua fría recién paridas y no les hace mal». Todavía en la descendencia española de América que se ha librado del contacto con el mundo moderno prevalecen algunas de estas preocupaciones contra la hermana agua. En lugares remotos las señoras se meten a la cama en cuanto nace la criatura, y rehusan sistemáticamente ponerse en contacto con el agua o con el aire puro durante cuarenta días con sus noches, en tanto que la india, la compañera estoica del soldado en las marchas forzadas que suelen imponerles las guerras civiles, sobrecogida de los dolores, se acerca a un torrente, recibe la bendición del nuevo fruto, lo lava en el agua de Dios, se lava ella y continúa la ruta en seguimiento de su hombre. Indudablemente los españoles dieron a la pulcritud de los indios ciertos méritos de costumbre estrambótica, porque vuelven sobre el aseo de esa gente con mucha frecuencia. De los indios del Darién,



dice López de Gomara, «que acostumbran a lavarse dos o tres veces al día, especialmente ellas, que van por agua, que de otra manera hederían a sobaquina, según ellas confiesan». El padre Gumilla en su famosa descripción del Orinoco, hablando de los otomacos, pone el mismo concepto en estos claros términos: «Cosa muy desusada de las demás naciones (del Orinoco) que se echan a dormir al anochecer y madrugan con la primera luz del día a lavarse en el río o arroyo, sin que haya en esto falta alguna». Es digna de memoria su misericordia, porque para ejercitarla tenía que vencer sin duda grandes repugnancias. Hablando de los mismos otomacos, que dormían de día y dedicaban otras horas al aseo de la persona, exclamaba impacientado el padre Gumilla: «No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidez y aseo».

La importancia que los cronistas del descubrimiento y la conquista suelen dar a las costumbres higiénicas de los indios tiene su origen en un hecho de observación diaria. Visitando un país extraño la atención del viajero se detiene con preferencia en los usos y formas que se diferencian sensiblemente de los que a diario observa en su propio país. Antes de llegar a las profundidades del alma japonesa el viajero occidental se dilata en la descripción del saludo nipón, en observaciones humorísticas sobre la costumbre de dejar el calzado en la puerta de la casa o sobre la frecuencia de los baños y la altísima temperatura del agua en que suelen tomarlos. Los buenos padres que refirieron las primeras hazañas de la conquista americana, o los militares que se entretuvieron en hacer más tarde el recuento de sus hazañas hallaban un poco extrañas

y demasiado íntimas las relaciones del indio con el agua, porque acaso el conquistador había vivido con ella en neutralidad armada o en absoluta indiferencia. En generaciones donde la higiene se había convertido en una segunda naturaleza vertió la Europa, con un movimiento inconsciente, el tren de las basuras que se habían acumulado en dos siglos. El europeo vacunado, inmunizado ya en su tierra, sobrevivió a las pestes, en cuyo hervor desaparecieron las razas americanas. Sin embargo, aun en nuestros días, el europeo se envenena a sí mismo desatendiendo el aseo de su propia persona. Cuenta uno de los recientes exploradores del Polo Septentrional que habiendo usado, ya muy avanzada la expedición, para defenderse de temperaturas insufribles, ropas sucias que no habían podido lavar a causa de la falta de agua, atraparon una gripe en que se fueron a mejor vida algunos expedicionarios. La enfermedad causada por el histórico «vaho» del padre Figueroa, era sin duda la influenza; enfermedad que aparece cuando se ponen en contacto, en grande escala, unos pueblos con otros, ejemplo, la peste de 1919. Era menester decir esto para salvar a los europeos del cargo de crueldad que les están haciendo de siglo en siglo historiadores prevenidos y poetas grandilocuentes.

Sería muy injusto sacar de aquí la consecuencia extrema de que la vida en Europa había tenido siempre estos caracteres de repugnante suciedad. Hubo siglos más pulcros que el xvi, antes y después de esa época. La mala ventura de las tribus americanas quiso que Colón hubiera descubierto aquellas tierras en el momento en que el viejo mundo se estaba convirtiendo



en una pocilga. El África, cuyas regiones centrales y meridionales fueron descubiertas y colonizadas más tarde, no padeció las consecuencias del vaho tremendo, porque la higiene de Europa se había modificado en provecho de la salubridad. Se necesita un poco de ruda franqueza para reconocer que el cristianismo tuvo en esta enemistad con el agua una vasta influencia. Jesús no predicó nunca el evangelio de la incuria personal. Hizo de la pulcritud un rito cuando dobló las rodillas para lavar los pies a sus discípulos. Sin embargo, en esto, como en otras muchas cosas, la doctrina original se fué desvirtuando entre los pueblos a cuyos oídos llegaba desde otras comarcas.

Como Cristo decía que su doctrina era de pobreza y mansedumbre, y como hacía llamamiento especial a los humildes, a los pobres de espíritu y de hacienda, a las mujerzuelas y tímidos, una inversión natural de las ideas llegó a hacer creer que, aparentando la pobreza o ejerciéndola real y efectivamente, se llegaba con más presteza al camino de la perfección. Ha sido una desagradable coincidencia que la pobreza en sus formas extremas ostentase las apariencias de la suciedad. El cristiano, según Nietzsche, era por antonomasia, el hombre mal hallado con la limpieza. A más de esto, el contacto con el agua tibia y elástica asumía los preliminares de la caricia lúbrica. Por eso los primeros cristianos tenían horror al baño. Los anacoretas, no todos, desde luego, huían de las sollicitaciones de la carne que solía producirles el baño. Esa preocupación se afirmaba en la mente del pueblo o desaparecía, según las épocas. Pasado el Renacimiento, cuando los albores de la Reforma echaron un velo de ascetismo sobre las

desnudeces y primores de la vida, volvió el mundo a mirar con ojos de sospecha las caricias del agua. Los protestantes, en el norte, quisieron ser ascetas como los primeros cristianos, por odio al mundo latino; y los españoles, queriendo hacer sombría la doctrina de Cristo, en competencia con Lutero, dieron también en hacer del agua un ente sospechoso. En los procesos que formaba el tribunal de la Inquisición a los acusados de herejía musulímica, se hacía mérito, en contra del reo, de su atención a la limpieza personal. Se aducía, por ejemplo, contra unas víctimas: «Se desnudan en cueros y ponen en una artesa con agua caliente y se laban todo el cuerpo y esto hecho bacían el agua y echan otra limpia en un librilla y allí meten las palmas... y desta manera se laban todos los miembros comenzando de la cabeza hasta acabar en los pies» (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, de 15 de junio de 1814). Fué en este tiempo tenebroso cuando la Europa vertió sobre las Indias Occidentales el pozo infecto de su población.

1914.